

MIL AÑOS DE
COMPOSTELA

SERIE OCTAVA
CAPITULO 1

CALLE DE LA BALCONADA

LAS COMUNIDADES INICIARON A PRINCIPIOS DEL SIGLO XIII EL MOVIMIENTO CONTRA LAS FUERZAS FEUDALES

Compostela fue siempre en vanguardia en el problema básico de la libertad y la dignidad del hombre

«El clima de Galicia era muy saludable para la crianza de los príncipes.» Padre Flórez.

PERMEABILIZADAS de sentimientos democráticos, las comunidades gallegas deciden a principios del siglo XIII que ha llegado la hora de auto-gobernarse.

Al margen de la ley feudal, nombran secretamente sus representantes y sus justicias, los gremios se ensamblian y las hermandades se desarrollan en el silencio.

Santiago de Compostela había marcado el rumbo. La ciudad Santa de Galicia despertó muy pronto del letargo feudal.

Si en cuestión de industria pudo quedarse rezagada, en el problema básico de la libertad y de la dignidad del hombre, Compostela fue siempre en vanguardia.

Es una de las primeras ciudades europeas que intenta romper sus cadenas.

Las dos revoluciones anti-germánicas del siglo XII —la del 1.116 y la del 1.136— constituyen el primer brote.

Cien años, un siglo de esclavitud feudal iba a transcurrir, empero, antes de que el concejo compostelano pudiera exclamar: «Hemos vencido».

Impulsadas por el ejemplo de la Jacobea, todas las ciudades teocráticas gallegas se ponen en movimiento. Lugo, Orense, Mondoñedo y Tuy nombran sus consejos de hombres libres y comienzan a parlamentar con sus señores feudales, los obispos.

Como los preladados se mostraban poco inclinados a la renuncia, pronto el tono de las conversaciones se fue enlamezando y la violencia llegó a extremos sumamente reprobables. En 1.172 los vecinos de Lugo se amotinaron contra el canónigo-juíz. Este se refugió en la Catedral y allí mismo le mataron con otros nueve canónigos. El Obispo don Juan tuvo que huir, mientras los lucenses se constituían en Concejo y se repartían todos los cargos de la ciudad. Pasó luego la ola de violencia, regresó el Obispo, pero le apedrearón en el día de Pentecostés. (Risco, «Historia de Galicia», pág. 108).

Por su parte en las villas libres de Betanzos, Coruña, Padrón, Bayona, Ribadavia, Viveiro, Allariz..., crecían fuertes sociedades mercantiles que necesitaban la libertad para desarrollar su comercio. Galicia entonces exportaba pescado salado, vinos, lencos, ganado vacuno y caballar.

En Orense, Ribadavia y Allariz se hallaba el excelente fermento de una activa población judía.

Si se estudian las constituciones hermandinas se observará la existencia de unas minorías inquietas que lograron adelantarse a la tónica general de su tiempo.

Entre las sombras del Medioevo, Galicia surgía como un país bastante democrático y relativamente capaz para la auto-gobernación que ambicionaba.

EL CLIMA QUE NECESITABAN LOS HERMANDINOS

A fin de que las fuerzas y tendencias autónomas, como las que acabo de describir, tengan una posibilidad de crecimiento, es preciso que exista un clima adecuado.

Hace poco —en febrero— plantamos unos olivastres en la terraza, vino un aire helado del Guadarrama y se han secado.

Galicia desde 1.157 hasta el 1.230 tuvo el clima espiritual que precisaban los hermandinos, debido a tres razones:

- 1.— Los Trava.
- 2.— Dos reyes, Fernando II y

Alfonso IX, los cuales, aunque en las historias oficiales pasen como reyes de León, eran más que nada reyes de Galicia.

3.— Tres Obispos compostelanos. Suárez de Deza, Pedro Muñoz y Bernardo II, de espíritu tolerante.

Los Trava, ante todo, representaban la continuidad. En el año 1.157 era una familia viejísima que contaba entre sus antepasados al rey suevo Ariamiro, a la piadosa condesa doña Argilona, fundadora de San Salvador de Cinis, a Santa Ilduara, la madre de San Rosendo y al tremendo Obispo don Crescencio que se reía de las excomuniones papales...

Trava y Trastámara son, posiblemente, reliquias de las viejas marcas suevo-visigóticas. Ser Conde de Trava, Trastámara o Monterroso era en la práctica ser virrey de Galicia.

Don Pedro Froylaz, conde de Trava, se había distinguido por su piedad más que por su oportunidad. Jugó a ser el Baldomero Espartero de la Galicia Medieval, pero nunca estaba donde debía estar y siempre perdía en las guerras.

LOS TRECE HIJOS DEL CONDE DE TRAVA

Hoy a don Pedro Froylaz le estimaríamos muchísimo y no tanto por el peso de su proyección histórica como por los trabajos que se tomó para hacerse con trece hijos.

Hoy el Conde de Trava podría aspirar si no a uno de los nacionales, por lo menos a un premio provincial de natalidad y salir retratado en LA VOZ DE GALICIA, en el «Faro de Vigo» y en «El Ideal Gallego» con sus hijos Bermudo (marido de la infanta Urraca Enriquez), Fernán Pérez (el amante de Teresa de Portugal), Rodrigo (señor de la Espenuca), García (el que se hizo bandido), Eva (casada con Lara), Estefanía (casada con Castro), Sancha (bisabuela de Santo Domingo de Guzmán)... y así hasta completar el número mágico de sus trece hijos, todos importantísimos, todos fundadores de nuevos señoríos.

Al Conde de Trava hoy le regalarían una casa... pero, ¿para qué quería él casas si era suya toda la provincia de La Coruña y podía morar donde le placiera pues tenía palacios en Lage, Carballo, Coristanco, Mondoñedo y Santiago?

De doña Argilona, de Santa Ilduara y de San Rosendo la familia Trava había heredado unas felices tendencias hacia la exaltada piedad. Cuando se murió el pobre «Rainha» de los portugueses, Fernán se fue a Tierra Santa para liberar el sepulcro del Señor. Le acompañaba también Bermudo que al final de su vida profesó.

EDUCACION DE FERNANDO II EN SOBRADO

Más tarde, Fernán Pérez, Conde de Trastámara y héroe de Almería, se encerró en el Monasterio de Sobrado del que era protector y allí se encargó de la educación del joven Fernando II de León.

En Sobrado, bajo la sombra de San Pedro Mozonzo y comiendo aquellos quesos tan ricos que hacen en las Cruces, el joven rey leonés se galleizó por completo y no miraba más que por los ojos de su tutor.

Cuando era un rapaz llevaron al joven príncipe a Santiago para que se eligiera una sepultura en la Catedral y de paso visitara la de su madre, la bellísima Berenguela, la hija del gran Ramón Berenguer de Cataluña.

Fernando II era manejable y dócil, de buena intención, pero no tenía ni idea de lo que es el dinero, cosa bastante natural en los príncipes y al fin tuvieron

ESTA es la octava parte de la serie «Mil Años de Compostela», en la que Victoria Armesto interpreta y analiza la historia y el carácter de Galicia desde la época romana hasta el renacimiento. Esta historia se centra en Compostela, corazón espiritual del país.

El primer capítulo trata del descubrimiento de los huesos del Apóstol en el siglo pasado y de la biografía de don Antonio López Ferreiro, historiador de la catedral compostelana.

El segundo se ocupa del culto jacobeo, estudiado a la luz de los nuevos descubrimientos arqueológicos.

Santiago de Compostela puede ser la tercera de una serie de ciudades santas gallegas: la primera es Dugium o el culto al sol en Finisterre; la segunda es Iria Flavia, Padrón, o el culto a Isis. Las leyendas jacobeanas son el hilo que engarza las tres espiritualidades.

En el tercer capítulo está la biografía de Prisciliano y el estudio de este movimiento religioso en Galicia. Se especula sobre si el querido heterodoxo, nacido probablemente en Padrón y decapitado en Treveris, pudo haber sido enterrado en Compostela lo cual, de ser cierto, explicaría la existencia de una necrópolis cristiana, bajo la catedral, anterior al descubrimiento del sepulcro jacobeo.

En el cuarto capítulo hace un estudio comparado entre Santiago de Compostela y Córdoba, cuenta como los musulmanes no pudieron dominar Galicia y del nacimiento de la indomita nobleza gallega.

La vida desdichada del gran obispo Peláez, fundador de la Catedral de Santiago, es objeto del quinto capítulo. Por querer unir Galicia al mundo normando, Peláez muere en el exilio.

Su sucesor es Gelmírez, extraordinario personaje que domina la política gallega desde el año 1100 hasta el 1140.

La vida y el carácter del primer arzobispo compostelano, los de la reina Urraca y los manejos de las fuerzas conteras y revolucionarias, así como la rivalidad Compostela Braga, llenan el largo capítulo sexto.

Se refiere al séptimo a las peregrinaciones en general. Intenta ahondar en los dos grandes símbolos espirituales: Apóstol Peregrino, Apóstol Combatiente.

Ahora inicia el octavo capítulo, que titula «Calle de la Balconada» y penetra en una época aún más llena de complejidades que las anteriores.

En este aparte cuenta cómo surgen con gran ímpetu democrático, las comunidades, hermandades y gremios que se oponen a las fuerzas feudales, como éstas se defienden y al final ganan. Cómo desaparecen los poderosos Condes de Trava y Trastámara y surgen los Castro y los Andrade, y con las apertencias de los reyes e infantes de Castilla. En la contienda fratricida entre don Pedro el Cruel y don Enrique que se ha arrogado el título de Trastámara, Galicia toma el partido del que iba a ser derrotado. Es en esta lucha cuando asesinan al arzobispo don Suero, un crimen político que la imaginación popular transforma en una venganza de amor.

Pretinho da rúa Nova na rúa da Balconada matoron o arcebispo por celos d'unha madama.

que declararle insolvente y ponerle una junta que fiscalizara sus gastos.

El rey Fernando II era muy sucio y descuidado en el vestir. Hay una miniatura en el Tumbo A de Compostela en la que se le ve con una cara un poco triste.

De su primera mujer, la infanta portuguesa hija de Alfonso Enriquez, tuvo Fernando II un hijo, su sucesor Alfonso IX.

LOS ARIAS «BATICELA» OTRA FAMILIA EN AUGE

Era menos amable que su padre, pero también muy galleizado. Al Alfonso no le educó Fernán Pérez, sino su hija Urraca Fernández y el marido de Urraca don Arias «Baticeles».

Estos Arias «Baticeles» eran una familia en auge. Otro herma-

do, Fernando Arias, casó con Teresa Bermúdez, la hija de Bermudo Trava. Los descendientes de los dos hermanos tomaron el pintoresco apodo de «Pancentino» y fueron señores feudales, arzobispos y gentes importantes...

Urraca Fernández, según se desprende de los viejos códigos, era una devota muy exaltada. A don Antonio López Ferreiro le tiembla la mano de emoción cada vez que escribe sus donaciones. Cuando se murieron los Arias «Baticeles», entre Teresa Bermúdez y Urraca Fernández donaron para sufragios tantos moyos de vino al Apóstol Santiago que las Dignidades, Canónigos, Arcedianos, Chantres, Deanes y Monaguillos eran incapaces de beberlo y se vieron precisados a venderlo en el merca-

do, lo cual dio lugar a un pleito con el Concejo.

RUDEZA DE ALFONSO IX

Habiendo tenido la suerte de educarse en un ambiente tan devoto, Alfonso IX, que era de carácter rudo, extremó la nota y quiso que todo el mundo en Galicia fuera perfecto como San Rosendo y San Pedro Mozonzo. A los que pecaban, bien por herejía, bien por robo o por lo que fuera les amenazaba con castigos que no eran ya los medievales sino los suevo-visigóticos resultados: no contento con cegar a los reos o amputarles las manos, los precipitaba de las torres, los sumergía en el mar, los hacía cocer en calderas, los desollaba...

Con todo esto subió mucho la piedad en León y Galicia.

FERNANDO II Y ALFONSO IX FAVORECEN LAS LIBERTADES CIVICAS

Tanto Fernando II como su hijo Alfonso IX eran reyes populares dentro de lo popular que podía ser un rey en el medievo) y en la lucha entre las hermandades y los obispos se pusieron de parte de las primeras y comenzaron a favorecer el desarrollo de las libertades cívicas.

No lo hacían sólo por generosidad de ánimo, sino también para acrecentar el poder real a costa del debilitamiento de las fuerzas teocráticas.

Por afanes estratégicos don Fernando II puso a Tuy donde está hoy y le dio la primera carta-pueblo o franquicia cívica que se conserva en los archivos de Galicia. Año 1.170.

Luego favoreció a la antigua ciudad santa de Galicia e hizo en Padrón una especie de puerto franco medieval. Los ciudadanos rienses no tenían que pagar «fonsadera», ni «ductos», ni «gallos», ni «pedidallas». Desde Vespasiano y Graeciano nunca se les había favorecido tanto.

Alfonso IX, rey a los 17 años, siguió el ejemplo de su padre y en el año 1.201 dio una carta-pueblo a la antigua Eriñana que, por primera vez, es denominada oficialmente con su nuevo nombre, Bafa - Bona o Bayona.

Estas cartas-pueblos eran el reconocimiento de los derechos cívicos, de ellas salían los Concejos o municipios y las libertades comunales.

OBISPOS DE CORAZON PACIFICO

Mientras las fuerzas hermandinas hallaban aliento en estos dos reyes, tan galleizados y tan mediatizados por el clan de los Trava, Santiago de Compostela tenía una serie de Obispos de corazón pacífico.

Cuando le llevaron a Compostela con propósito de que eligiera su tumba, Fernando II se peleó a muerte con el Arzobispo, que se apellidaba Martínez, al que echó. López Ferreiro cree que fue por cuestiones de dinero. El rey miraba con ojos codiciosos el «Aca Operi Beati Jacob».

Después de echar al Arzobispo Martínez, Fernando II puso en la silla a su antiguo maestro don Pedro Gudesteiz, que estaba en Mondoñedo.

Gudesteiz era un reformador. Al llegar a Compostela echó cuentas y vio que faltaban la mitad de los canónigos a la hora del Coro, pero que estaban todos a la hora de repartir sueldos.

Procedió el piadoso Arzobispo contra los Canónigos absentistas, los cuales solían irse a París pretextando estudios, y uno de los cuales, su sucesor inmediato don Pedro Suárez de Deza, fue el Arzobispo que patrocinó el Pórtico de la Gloria.

Don Fernando II de León se llevó bien con el Arzobispo Suárez de Deza.

Conoció el rey al Maestro Mateo, estimó su trabajo en el coro y el pórtico y mandó que le dieran una pensión anual de cien morabetines de oro que acaso —dado el despilfarro real— el pobre Mateo jamás llegó a percibir.

Cabe en lo posible que el Arzobispo Pedro Suárez de Deza fuera descendiente del Xan Deza que cortó las melenas del rey suevo Eborico, y también de Arias Pérez, el comunero esposo de Ilduara Pérez Trava.

Además de hermoear la fábrica de la Catedral, Suárez de Deza se ocupó de modernizar la administración de sus estados.

Dividió la tierra de Santiago en cinco distritos. De la gobernación de la capital se ocupaba el Deán y del resto los cinco arcedianos, que tomaron los viejos y sonoros nombres topográficos:

Por VICTORIA ARMESTO

Nendos, Trastámara, Corna y Salmés.

LA BULA «REGIS AETERNI» BASE DEL JUBILEO

Se preocupó luego el Arzobispo Suárez de Deza de agradar en Roma, con no menos éxito. El papa Alejandro III le reconoció primero el señorío de la mitad de Braga, incluyendo las iglesias de San Eucruoso y San Víctor y, luego, con su bula «Regis aeterni», sentó las bases del jubileo. Todos los fieles que arrepentidos y contritos visitasen la basílica compostelana durante el año en que la fiesta del Apóstol Santiago cayese en domingo podían ganar indulgencia plenaria y obtener la absolución de sus culpas aun en los casos reservados a la sede apostólica.

La «Regis aeterni» fue considerada como un triunfo personal del señor Suárez de Deza. Es verdad que Gelmírez había obtenido un privilegio semejante del papa Calixto II pero sin duda que, con el tiempo, estas concesiones caducaban y había que renovarlas.

Aparte de estas preocupaciones de carácter pastoral, el arzobispo Suárez de Deza tuvo otras de carácter guerrero y personal.

En el 1.184, el Arzobispo de Compostela, con sus mesnadas, acompañó al rey Fernando II y en Santarem pararon a los Almohades.

Las preocupaciones personales del prelado giraban en torno a la situación y felicidad de sus parientes. Ya dije en el capítulo anterior que, respecto a la familia, el Arzobispo Suárez de Deza tenía ideas muy semejantes a las de Confucio.

PEDRO MUÑIZ EL NIGROMANTICO

Por todo ello, en el curso de su largo pontificado (1.173-1.206) fructificaron las ideas y tendencias populares propicias al autogobierno y ya no digamos como se desarrollaron en tiempos de su sucesor, don Pedro Muñiz, que estaba buscando la piedra filosofal.

El Arzobispo don Pedro Muñiz el Nigromántico, era un terrateniente de la Amaia que antes de ser Arzobispo de Compostela fue primero deán y después Obispo de León.

En León conoció al venerable Martino, que le curó unas cuartanas, y se hizo admirador del doctor San Isidoro, presunto rival de Santiago Zebedeo. Don Pedro Muñiz en su juventud compuso «una muy elegante y retórica homilía en honor de San Isidoro a quien llama Apóstol de los Apóstoles de Cristo...» (López Ferreiro, Ha. de la Santa Catedral, vol. V, pág. 47).

En realidad, no se sabe cuando el Arzobispo Muñiz comenzó a dedicarse al estudio de las ciencias ocultas y ni siquiera es seguro que estuviera buscando la piedra filosofal.

Acaso le llamaran «brujos» sólo porque era sabio.

La fama de aficionado a la magia se la dio mucho más tarde el reverendísimo Padre Gonzaga en su libro «De origine seraphice Religionis franciscane», que ha leído el señor López Ferreiro. El cura de Santa María de Leiro, padre Amaro González, cuenta lo del viaje aéreo a Roma durante el curso de los mártires que ya he relatado en capítulos anteriores.

Estuviera o no buscando la piedra filosofal, lo cierto es que la actitud retratada y las inclinaciones estudiosas del Arzobispo «Nigromántico» dieron alas a las hermandades. En tiempos de don Pedro Muñiz el concejo compostelano había alcanzado un completo desarrollo y era reconocido como verdadera persona jurídica que, en todos los terrenos

(Pasa a la Pág. 21)